

Esta mi duce pasión  
 Tal se mueve,  
 Como fuego que se atreve  
 Donde halla leña seca,  
 Y un corazón de manteca,  
 Y unas entrañas de nieve.  
 Halla en mi, como se debe,  
 Vuestro amor  
 Un tan cortés amador,  
 Que de mí hace y deshace,  
 Como en mármol que le place,  
 Cualquier famoso sculptor.

*Yo quedo de su labor*

*Por tal són,*

*Que no con tal perfección  
 Ha dejado en Belveder  
 Quien quiso contrahacer  
 Al penado Laocón.*

Vuestro modo y condición,  
 Vuestra vida,  
 Vuestro sér, mal comedida  
 Con esta nueva victoria,  
 Toda estáis en mi memoria  
 Naturalmente esculpida.

Yo con gana tan complida  
 Vengo en ello,  
 Que, sin faltar un cabello,  
 No con tan dulce manera  
 Rescibe la blanda cera  
 Traslado de un claro sello....

De todos estos versos de amor, requiebros,  
 quejas y reconciliaciones, tan plagados de lu-

gares comunes como suelen estarlo los de su género, poco ó nada puede sacarse en limpio para la biografía de su autor; sin contar con que algunos de ellos tienen traza de ser versos de encargo. Lo es positivamente una epístola en nombre de cierta dama valenciana para su marido que estaba en Roma. Esta carta llena de reminiscencias de las *Heroidas*, de Ovidio, especialmente de la de Penélope á Ulises, parece haber sido compuesta poco después de la batalla de Ravena (11 de Abril de 1512):

Pues si memoria tovieses,  
 Y advertencia,  
 Ves que no basta paciencia  
 Do por injuria se toma,  
 Cuando tú quieres á Roma  
 Más que á tu madre Valencia.  
 Cata qu'es poca conciencia  
 De varón,  
 Diez años ó más que son  
 Dilatando tu venida,  
 Tener un alma sin vida  
 Y un cuerpo sin corazón.

.....  
 Todos saben por mis llantos  
 Mi tristura;  
 Sé yo, por mi desventura,  
 Que con razón señalada  
 Siempre Italia fué llamada  
 D'espáñoles sepultura.

Pues ¿quién me hará segura  
D'esta pena?  
¡Cuántas hay sin hora buena  
Gritando, tornadas mudas,  
*Que las ha hecho viudas*  
*La batalla de Ravena!*

Como los demás trovadores del último período de la poesía cortesana, no se desdenó Torres Naharro de volver alguna vez los ojos á la forma popular del romance, por supuesto no con asonantes, sino en versos rigurosamente aconsonantados. Carecen estos fatigosos monorrimos del encanto ingenuo de la poesía primitiva, no menos que de la elegancia y atildamiento de los romances artísticos del tiempo clásico; pero en uno de ellos, á pesar del velo alegórico, todavía nos recrean bellos rasgos castizos y villanescos, indicio seguro de la buena fuente en que bebía el poeta:

Hija soy d'un labrador,  
Nascida sobre el arado,  
Criada so los olivos,  
Crescida tras el ganado.....

Aunque no populares de origen, estos romances de Torres Naharro llegaron á popularizarse mucho: el *Cancionero de Romances* de Amberes, sin año, y luego el de 1550, los recogió como anónimos, y ya antes corrían en

pliegos sueltos y habían dado materia á varias glosas.

Pero no es en estas composiciones (aunque por sí solas hubieran podido dar á Torres Naharro un puesto muy distinguido entre los líricos del tiempo de los Reyes Católicos) donde ha de estudiarse la verdadera genialidad de este poeta, que luego hemos de ver más ampliamente desarrollada en sus obras dramáticas. Hombre de más agudeza que fantasía, de espíritu penetrante y observador, de ingenio picante y mordaz, de gran libertad de ánimo y desenfado de expresión, y también (justo es decirlo) de un sentido moral bastante recto, que no podía menos de sentirse dolorosamente ofendido con el espectáculo de la corrupción reinante en la corte romana, que era piedra de escándalo para los varones más piadosos y timoratos de aquella edad; viviendo y escribiendo en los días próximos á la explosión de la Reforma, de cuyas tendencias no participaba ciertamente, aunque tuviese mucha afinidad con las del grupo llamado *erasmista*, que iba á ser en España tan influyente y poderoso, Torres Naharro tenía que cultivar con predilección la sátira, y en ella consiguió lauros que no se han marchitado todavía. Fuera de las comedias, lo mejor que hay en la *Propaladia* es aquella terrible invectiva contra Roma, bien conocida de todo género de lectores por

haberla reproducido íntegra D. Gregorio Mayans en su *Retórica* (1), y con algunas supresiones D. Francisco Martínez de la Rosa en las notas á su *Poética* (2). Uno y otro preceptista se extremaron en su alabanza, llegando el primero á dar la palma á Torres Naharro entre todos los satíricos españoles: lo cual ciertamente es mucho decir en la patria del Arqipreste de Hita, de Castillejo, de Quevedo y de los Argensolas. Con más templanza y acierto, Martínez de la Rosa se limitó á encomiar la pureza y fácil manejo de la lengua, la maestría en la versificación que entonces se usaba y la gracia nativa del poeta; añadiendo que el cuadro que presenta de las costumbres de su tiempo está bosquejado con pincel tan valiente y ligero que apenas podemos seguirle con la vista. Quizá por esta rapidez de ejecución, unida al estilo excesivamente simétrico, al abuso de las antítesis y al monótono martilleo del metro de doce sílabas que por su misma impetuosidad y estrépito llega á fatigar el oído, pierde algo de su efecto esta pieza si se lee íntegra, pero no puede negarse la vivacidad y energía de algunos trozos:

(1) *Rhetórica de D. Gregorio Mayans y Siscár*, tomo I, Valencia, 1757, págs. 307-311.

(2) *Poética de D. Francisco Martínez de la Rosa*, Palma, imprenta de Villalonga, 1831, págs. 360-362.

Virtud en el mundo no cabe ni mora;  
 Razón ni bondad no se usan agora;  
 Palabras sin obras se venden barato;  
 Faltar cada hora, mentir cada rato;  
 Burlar de los justos se llama deporte;  
 Ceviles traidores prevalen en corte,  
 Falsarios veréis robar beneficios,  
 Ladrones á furia comprar los oficios,  
 Y á costa de Dios andar á solacio,  
 Con ropas prestadas entrar en palacio,  
 Groseros haber muy grandes partidos,  
 Discretos y doctos hallarse perdidos...  
 D'aquestos no curan los grandes señores,  
 D'aquestos se pueblan los más hospitales....  
 Y huyen d'un sancto gran predicador (1),  
 Y siguen de grado tras un hechicero;  
 Su gloria es el mundo, su Dios el dinero.  
 Tras éste envejecen los hombres en Roma.  
 Después que entre manos cobdicia los toma,  
 Destientan diez años tras un benefico;  
 Después que lo tienen, ternán por oficio  
 Perder otros tantos tras un Cardenal;  
 El bueno y el malo con el comunal  
 Se piensa ser digno de gran obispado;  
 Después que lo tienen, con nuevo cuidado,  
 Mejor que primero, los vemos servir,  
 Y muertos de hambre crepar y morir  
 Tras el Cardenal, do quier que cabalga,  
 Después en la plaza sperando que salga,  
 Aunque el consistorio durase y año y día,  
 Con ansia terrible, con gran fantasia,

(1) Alude probablemente á la catástrofe de Savonarola.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN  
 BIBLIOTECA UNIVER...  
 "ALFONSO RE..."  
 Apto. 1625 MONTE...  
 ...

Con ciego apetito de ser cardenales;  
 Después que lo son, los paños papales  
 Les ponen gran gula con que se aperrean;  
 Y no puede ser que todos lo sean,  
 Ni veis que con serlo qu'esté muy contento:  
 De nuevo les viene mayor pensamiento,  
 Fatiga y afán sin cabo, ni suelo.  
 No hay hombre de nos que piense en el cielo,  
 Ni quien haga caso del siglo futuro:  
 El mal va por bien, el aire por muro,  
 Lo negro por blanco, lo turbio por claro,  
 Virtud por estiércol, maldad por reparo,  
 Lo sucio por limpio, lo torpe por bueno,  
 La ciencia por paja, doctrina por heno,  
 Justicia en olvido, razón desterrada.  
 Verdad ya en el mundo no halla posada;  
 La fe es fallescida, y amor es ya muerto.  
 Derecho está mudo, reinando lo tuerto.  
 ¿Pues la caridad? No hay della memoria.....

El mayor homenaje que nuestro satírico extremeño ha obtenido, es el que indirectamente le tributó el gran Quevedo, quien en tiempos en que ya la *Propaladia* estaba olvidada, no se desdeñó de imitar el metro y aun las tendencias de esta composición en el famoso *Memo-rial* que dirigió á Felipe IV, y principia:

Católica, Sacra, Real Majestad;

causa principal de sus últimas persecuciones y encarcelamiento.

Bueno será advertir que la Inquisición, á

pesar de sus ponderados rigores, no tachó palabra alguna de la sátira de Naharro: íntegra está en las ediciones expurgadas. Suprimió en cambio, y no podemos maravillarnos mucho, todo el capítulo tercero de la *Propaladia*, que es otra invectiva más atroz aún, como puede juzgarse por el siguiente *specimen*:

Como quien no dice nada,  
 Me pedís qué cosa es Roma:  
 Por Dios, según es tornada,  
 Qu'en pensar tan gran jornada  
 Sudor de muerte me toma.  
 . . . . .

Es lugar  
 Do se estudia el desear  
 Que muera el tercio y el cuarto;  
 Una escuela de pecar,  
 Do quien vive sin matar  
 Paresce que hace harto.

Es de son  
 Que, en lugar de la razón,  
 Es intruso el apetito;  
 Mentir es ganar perdón;  
 Bien hacer es traición;  
 Ya el robar es pan bendito.

Veréis vos  
 Cielo y tierra, todos dos,  
 Revolverse cada día;  
 Los diablos somos nos;  
 El oro siempre su Dios,  
 La plata Sancta Maria.

Y en verdad,  
 Qu'es una gran vanidad  
 Do nos perdemos á furia,  
*Purgatorio de bondad,*  
*Infierno de caridad,*  
*Paraíso de lujuria.*

.....

Es, en fin,  
 Nuestra Roma un gran jardín  
 De muchas frutas poblado;  
 Son las flores de jazmín  
 Blasfemar por un cuatrín,  
 Renegar por un cornado.

Una esgrima  
 Do ningún tiro lastima  
 Que lo sientan sus conciencias.  
*Hacen de Dios tal estima,*  
*Que les pasan por encima*  
*Á mil cuentos de indulgencias.*

Quien me entiende  
 Verá qu'es Roma, por ende,  
 Si no fuere puro necio,  
 Una costumbre de allende,  
*Un mercado do se vende*  
*Lo que nunca tuvo precio.....*

Digo que Roma es lugar  
 Do para el cuerpo ganar  
 Habéis de perder el alma.

.....

*Pues á Roma llaman sancta,*  
*Que sanctos nos haga Dios.*

Análogo sentido tienen algunos pasajes de

la *Comedia Jacinta*, que también fué expurgada, aunque muy levemente. Que tales desahogos de mal humor no han de tomarse al pie de la letra sino conforme á los ensanches que entonces más que nunca tenía la libertad satírica, lo sabe todo hombre culto y versado en la literatura de aquel tiempo. Que Torres Naharro no apuntaba á ningún blanco dogmático, á pesar de lo que dice de la simonía y de la venta de las indulgencias, tampoco ofrece duda, puesto que se trata de un lugar común, que Erasmo y otros habían explotado libremente, mucho antes que estallase la insurrección luterana. Que en el fondo de todas estas quejas había una verdad innegable y dolorosa, sin la cual no hubieran sido ni escritas ni toleradas, sólo pueden negarlo los pusilánimes que quisieran borrar con el silencio lo que con sólo abrir cualquier libro antiguo se halla. Y si los poetas y los humanistas pueden parecer sospechosos de ensañamiento ó de hipérbole, materiales abundantes hay en los ascéticos y en los moralistas para retocar el cuadro y darle colores todavía más vivos. En honra de la verdad, ha de decirse que todos los males, vicios y desórdenes censurados en la Iglesia por los primeros protestantes, lo habían sido en términos aún más ásperos y desembozados por los católicos, sin que la ortodoxia peligrase por eso. Torres Naharro fué uno de tantos

censores, como lo fué en Portugal Gil Vicente. Los vicios que uno y otro denunciaban en las gentes de clerecía eran tan públicos y notorios, que á nadie se le ocurrió protestar contra las censuras ni escandalizarse de ellas: quizá eran lo menos original que contenían las obras de uno y otro poeta. Este género de sátira estaba en la atmósfera del tiempo, y más que una forma de emancipación del espíritu, era un recurso literario, que llegó á ser trivial hasta lo sumo. Farsa ó coloquio sin fraile ó ermitaño libidinoso, procaz y grosero, apenas se concebía en la primera mitad del siglo XVI: eran figuras tan de rigor en aquel teatro incipiente como los aguadores, serenos y guardias municipales en los sainetes de nuestros días.

Pero en Torres Naharro, aparte de esta sátira indirecta, y algo convencional, de embelecocos y trapacerías con máscara religiosa, que abunda ya en Lucas Fernández y se desborda en el teatro de Gil Vicente, hay sátiras directas, imprecaciones sañudas, verdaderos gritos de guerra, que á quien no tenga tomado el pulso á aquella extraña sociedad, no menos libre y suelta en la palabra que en las costumbres, le sonarán como un eco de la iracunda voz de Lutero ó de Ulrico de Hutten (1). Pero ni la cronología permite imaginarlo, puesto

(1) Á propósito del capítulo III de la *Propaladia* dice

que la *Propaladia* estaba ya escrita é impresa en el año 1517, que fué cabalmente el de la clausura del Concilio Lateranense y el de la divulgación de las primeras tesis del hasta entonces desconocido fraile sajón contra las indulgencias; ni se advierte en Torres Naharro ningún género de preocupación teológica, sino meramente un celo amargo é intemperante contra los desórdenes y escándalos de la Curia, mezclado con una dosis no leve de personal despecho por verse obscurecido y postergado á gentes que estimaba muy inferiores á él en costumbres y en doctrina. De esta acerba disposición de su ánimo dan indicio varios pasajes de la *Propaladia*, además de los citados:

Sobre que vivo, señor,  
 Más quejoso que solía  
 De aqueste mundo traidor,  
 En quien hallo poco honor  
 Y mucha descortesía.

.....  
 En mis amigos desdén  
 Por mi estrella.  
 Con amistad y sin ella  
 Siempre tengo mala vida.

A Schaeffer: *Hätte Luther dies geschrieben, so würde man sich nicht darüber wundern.*

(*Geschichte des Spanischen Nationaldramas*. Leipzig, 1890, pág. 33.)

Muchos me ruegan con ella,  
Mas si me abajo por ella,  
Luego en odio es convertida.  
.....

Por lo demás, nuestro poeta no tenía la vanidad de creerse inmune de la general corrupción, sino que empezaba por inmolarsé á sí mismo como víctima expiatoria de los pecados de su siglo:

Que yo y otros muchos vivimos á oscuras,  
Huyendo virtudes, siguiendo locuras,  
Loando lo malo, tachando lo bueno,  
Lisonja en la lengua, maldad en el seno.  
Las cosas más feas traemos en palmas;  
Triunfan los cuerpos, mas ¡guay de las almas!  
Mezquino de mí, *vecino á la muerte*,  
No pongo las manos en cosa que acierte,  
Ni puedo acertar en cosa que quiera;  
Tan mal tino traigo y en tanta manera,  
Que no sé llevar la mano á la boca.

El descontento de su mala fortuna en las pretensiones que sin duda traía cerca de los curiales romanos, bastan para explicar la resolución que tomó de trasladarse á Nápoles. Mesinero, califica de *inesperada* su salida de Roma (1), y N. Antonio insinuó la sospecha,

(1) *Romanis postremo portubus insperate derelictis, Neapolim expectatus appulit.*

repetida sin salvedades por Moratín y otros, de que acaso el rigor y acerbidad de sus sátiras fuesen el motivo que le obligó á cambiar precipitadamente de domicilio, refugiándose en el virreinato español (1). Pero tal especie parece de todo punto inverosímil cuando se piensa en la tolerancia, ó, por mejor decir, indiferencia con que entonces se miraba este género de declamaciones poéticas. Cabalmente lo primero que hizo Torres Naharro en Nápoles fué imprimir el libro de sus versos, y entre ellos las sátiras, protegido por unas Letras Apostólicas que conminaban nada menos que con pena de excomunió mayor, amén de buena cuantía de maravedises, á quien turbase á Torres Naharro en la quieta propiedad de sus *elegantes composiciones* ó quisiera lucrarse con el fruto de sus estudios y vigiliás. Claro que este privilegio de León X no era más que uno de tantos diplomas cancillerescos, como los que obtuvieron de Clemente VII el Ariosto para su *Orlando Furioso* y Nicolás Maquiavelo para sus *Discursos* y su tratado *del Príncipe* (obras ciertamente no canonizables); pero el mero hecho de haberse expedido en términos tan eficaces y honoríficos, prueba que

(1) *At vero in aulicorum vitia, quod carmine etiamnum superstite dicas factum, satyricè nimis invectus, fortasse opus habuit cedere urbe, Neapolimque concedere.*

nuestro clérigo extremeño continuaba siendo persona grata en la corte pontificia y que tenía en ella poderosos valedores.

Éralo seguramente el general del Papa, Fabricio Colonna, en cuyo servicio ó clientela andaba Naharro, puesto que le llama *mi señor* en el prólogo de la *Propaladia*; y por mediación suya encontró sin duda nuevo Mecenas en la persona de su glorioso yerno D. Fernando Dávalos, Marqués de Pescara, Conde de Lorito y Gran Camarlengo del reino de Nápoles. Á este capitán nunca vencido está dedicada la *Propaladia*, con expresivo elogio de sus juveniles bríos y una especie de presentimiento de sus futuras hazañas:

«Y así fué que, viendo tan dispuesta vuestra voluntad en las cosas de la milicia, honra y fama, no tardó la gloriosa memoria del Católico Rey D. Hernando en abriros puerta para vuestro deseo, haciéndoos capitán general de la Infantería española, ganado tan bollicioso: siendo V. S. de edad de veintidós años: que vuestra mucha prudencia os puso canas en el seso, á pesar de los días..... Y por tanto, siendo el día de hoy la mejor parte de un ejército la buena infantería, y de las buenas infanterías la mejor la española, con mucha razón se dió á V. S.; y no por cumplimiento de paga de tanto como la corona de España os debe, mas en arra y señal de lo que para adelante os

promete..... No tengo por príncipe al que no os desea, ni por caballero al que no os ha invidia, ni por hombre al que no os ama. Ni en el cielo puede faltaros gloriosa corona, pues tan legítimamente pugnaís, en especial teniendo allá tan buen procurador y deudo como el bienaventurado Sancto Tomás de Aquino. Pues acá en el mundo, ya sin rica corona no estáis, si d'estar habemos por el dicho de Salomón, que la mujer virtuosa es la vera corona del varón. Coronar, pues, se suelen acá los victoriosos en este mundo de oliva, en señal de victoria. Pero mejor, por cierto, corona á V. S. la señora Marquesa doña Victoria Colona su mujer, victoria en el nombre, y corona en el sobrenombre, y en las obras oliva.....: pues no os faltaba otra cosa sino tal mujer como vos hombre, la cual y vos no fuédes más de una ánima y una voluntad y una carne como lo sois.»

A quien mentalmente evoque las nobles figuras del vencedor de Pavía, y de la egregia poetisa romana que llevó su nombre, y le enalteció é idealizó en vida y en muerte, no ha de parecerle desproporcionado tal elogio, ni ha de pesarle ver colocada la *Propaladia* bajo los auspicios de la más gentil y heroica pareja del Renacimiento.

Esta edición de la *Propaladia*, que estampó en Nápoles Joan Pasqueto de Sallo, y se acabó



de imprimir el jueves 16 de Marzo de 1517, es indisputablemente la primera, como hoy reconocen todos los aficionados (1). La que poseía Moratín por donativo del gran Jovellanos, y perteneció en nuestros días al erudito catedrático de la Universidad de Sevilla D. José María de Alava, es un ejemplar incompleto de una edición distinta y posterior (puesto que incluye y anuncia desde la portada la *Comedia Aquilana*); hecha, no en Roma, como creyó Moratín, sin más indicio que el privilegio del

(1) *Propalladia* | De Bartholome de Torres Naharro. *Diri- | gida al Illustrissimo Señor: el S. Don | Fernando Daualos de Aquino Marques | de Pescara. Conde de Lorito: gran Camar- | lengo del Reyno de Napoles &c. | Con gracia y Preuilegio: Papal y Real.* (Escudo de armas dentro de un templete con dos columnas á cada lado.)

Fol., let. gót., 99 hojas sin foliar, pero con signatures de cuatro hojas.

Colofón: «*Estampada en Napoles. Por Joan Pasqueto de Sallo. Junto a la | Anunciada, con toda la diligencia y aduertencia posibles y caso | que algun yerro o falta se hallare por ser nuevo en la lengua: ya se podria usar conel de alguna misericordia pues anst el Estampa- | dor como el corrector posible es en vna larga obra vna ora o otra | ser ocupados del fastidio. La benignidad de los discretos lectores lo puede considerar. Acabosse. Iuenes. XVI de Março | M. D. XVII.*

Á esta rarísima edición (ejemplar que fué de Böhl de Fáber, y luego de D. Agustín Durán, y hoy para en la Biblioteca Nacional) va ajustado el texto de la de *Libros de Antaño*, completándola con todo lo que en ella no está, pero se encuentra en las siguientes.

Papa, ni tampoco en Sevilla, como sospechó Böhl de Fáber, sino probablemente en Nápoles, como lo persuade la grandísima analogía de sus tipos con los de la primera, pudiendo decirse que es en su mayor parte una reimpresión á plana y renglón de ella (1).

Lo que de ningún modo admite duda, es que la mayor parte del contenido de la *Propaladia* era ya del dominio público antes de haber sido reunido en colección. De algunas piezas podemos comprobarlo, y en cuanto á los restantes, el mismo autor nos dice: «*las más destas obrillas andaban ya fuera de mi obediencia y voluntad*». Al cuerpo de todas ellas llamó *Propaladia*; nombre inventado por él, y que dos veces explica: «*Intitulélas Propalladia a prothon quod est primum et Pallade, id est, primae res Palladis*, á diferencia de las que se-

(1) Esta edición, que es todavía un enigma bibliográfico por hallarse incompleta al fin y no conocerse más ejemplar de ella que el de Álava (que antes había pertenecido á D. Juan Colom, y que Gallardo aseguraba ser el mismo que él había perdido en Sevilla en el famoso día de San Antonio de 1823), es semejante en todo á la primera, pero carece de los tres sonetos italianos, y en cambio tiene 14 fojas de la *Comedia Aquilana*. Hay, además, muchas diferencias tipográficas, que no especifico porque ya las notó con toda prolijidad Gallardo (*Ensayo*, IV, 777-784). De todos modos, no cabe confundirla con la primera, puesto que en la portada misma se anuncia que contiene la *Aquilana*.

cundariamente y con más maduro estudio podrían suceder.» Así en el *Prohemio*; y luego en ciertos versos *Ad lectores de Propaladia sua*:

Yerros son los más tempranos  
 Que sembré;  
 Principios en que probé  
 Mis fuerzas y tiernas alas,  
 De donde con salva fe  
*Propaladia* los llamé,  
 Primeras cosas de Palas.  
 No tan buenas como malas,  
 En verdad;  
 Compuestas en ciega edad,  
 No cogidas con sazón,  
 Aunque de mi voluntad  
 Escriptas con humildad,  
 Impresas sin presunción.

No parece, sin embargo, que podía escudar al poeta aquel privilegio de menor edad que lord Byron invocaba en su primera colección y que tan poco le aprovechó en el tribunal de los críticos de Edimburgo. Hombre maduro debía de ser el nuestro cuando lanzó por el mundo éstas que llamaba *primicias* de su ingenio. En una sátira ya citada, se dice *vecino á la muerte*; y aunque no tomemos al pie de la letra esta declaración, no parecen de joven, sino de hombre muy maduro, las cualidades que su amigo Mesiniere le atribuye en la epís-

tola panegírica ya citada, donde, después de encarecer su prócer estatura, habla de su gravísimo continente (*incessu graviori*), de la sobriedad de sus palabras (*verbis parcus*) y del pulso y reflexión con que las pronunciaba como si las pesase en una balanza (*et non nisi prae-meditata et quae statera ponderata habentur, verba emittit*); añadiendo, por último elogio, que se abstenía de todo género de vicios, y que sólo pensaba en practicar con grande ahinco todas las virtudes (*is demum, ab omni genere vitiorum se abstinere, virtutesque omnes summo opere complecti non desinit*). Descuéntese de esta retórica de humanista cuanto se quiera, siempre resultará claro que en 1517, cuando publicó la *Propaladia*, Torres Naharro era un varón respetable, aun en el concepto moral, y muy digno de ser llamado *dilectus filius* por León X; sin que fuera obstáculo para esto la libertad, ó si se quiere, la licencia desenfadada con que están escritos muchos pasos de la *Propaladia*, los cuales, sin embargo, parecen inocentes cuando se recuerdan las comedias que á la sazón se representaban en Italia, maestra de las demás naciones occidentales así en lo bueno como en lo malo.

Lo que no podemos decir es si la publicación de sus obras, y el aplauso que seguramente le granjearon, atestiguado por las numerosas ediciones que de ellas se hacían, bastaron para sa-

car á Torres Naharro de la posición obscura y subalterna en que hasta entonces había vivido, y de que amargamente se queja en su *Prohemio*: «Toda mi vida siervo, ordinariamente pobre, y lo que peor es, *ipse semipaganus*.»

Nada sabemos de las vicisitudes de su fortuna después de 1517, aunque tenemos dos testimonios de su actividad literaria: las comedias *Aquilana* y *Calamita*; de acción más compleja y novelesca que las anteriores, y que señalan un progreso indudable en su concepción del drama. Pero ni siquiera podemos fijar con exactitud la fecha en que fueron representadas ó escritas estas dos piezas (1).

(1) De la *Aquilana* tuvo una edición suelta (acaso la primera) D. Fernando Colón, que en su *Registrum* (parte inédita) la acota en esta forma:

8.247. *Bortolomei de Torres. Comedia Aquilana en español.*

EMP. ¡Dios, que estoy por arrojar  
Un Dios salve tan cumplido.....

Hay otra edición muy posterior, contenida en un tomo de farsas españolas de la Biblioteca de Munich que describió Wolf:

*Comedia llamada Aquilana. Agora nuevamente impressa, corregida y enmendada. Hecha por Bartolomé de Torres Naharro.*

(Al fin.) *Fue impressa la presente obra en Burgos en casa de Juan de Junta, ha (sic) dezi-seys dias del mes de diciembre. Año de mil y quinientos y cincuenta y dos años. 4.º, 24 hs. sin foliar.*

También la *Jacinta* fué impresa por separado:

Tampoco hay indicio que nos permita conjeturar la fecha del fallecimiento del poeta (1). En el *Diálogo de la lengua* de Juan de Valdés,

*Comedia Jacinta nuevamente compuesta e impressa cō una epistola familiar muy sentida y graciosa. 4.º, gót., 12 hojas (cat. de Salvá, núm. 1.459).*

Ticknor y otros han supuesto que era comedia distinta de la de Naharro, pero es exactamente la misma. La *Epistola* que va al fin está tomada igualmente de la *Propaladia*, y es la que empieza:

Manos mías que tembláis  
Sosegad un poco agora,  
Y escribamos, si mandáis,  
A la mi Diosa y señora,....

Salvá, que poseyó el ejemplar de esta farsa, que antes había sido de Ternaux Compans, indica que hubo de ser impresa hacia 1530, pero no apunta el fundamento de esta conjetura.

(1) Tengo alguno para sospechar que vivía aún en 1530, y que probablemente estaba en España.

En la edición del *Cancionero General*, hecha en Sevilla, por Cromberger, 1540, se añadió un apéndice, fol. 189, encabezado así:

«*Siguense ciertas obras de diversos auctores: hechas todas ellas en loor de algunos sanctos: sacadas de las justas literarias que se hazen en Sevilla por institucion del muy reverendo e magnifico señor el obispo de Scalas. Y estas primeras coplas son en loor de la reyna del cielo Madre de Dios y Señora nuestra.*»

Los poetas que escribieron á este primer certamen fueron:

Polo de Grimaldo, canónigo de la santa iglesia de Sevilla.

escrito según la opinión más corriente hacia el año 1533, parece hablarse de él como de persona que ya había pasado de esta vida. Es curioso el pasaje por ser uno de los poquísimos

Juan de Silva de Guzmán.  
Bartolomé Torres Naharro.

Jerónimo del Río.

Diego Luzero.

Alfonso Hernández.

Diego Benítez.

Juan Pérez.

Alonso Pérez.

Felipe Guillén.

Pero Hernández.

Andrés de Quevedo.

Rodrigo Yáñez.

Bachiller Céspedes.

Algunos con dos y tres composiciones.

Estas justas no tienen fecha, pero por el lugar que ocupan en el *Cancionero*, debieron de anteceder á las de San Juan Evangelista (1531), San Juan Bautista (1532), San Pedro y Santa María Magdalena (1533), San Pablo y Santa Catalina (1533), cuyas primitivas ediciones, procedentes de la biblioteca de Osuna, se guardan ahora en la Nacional, y aparecen también extractadas en el *Cancionero* sevillano. Las justas ó certámenes poéticos que estableció el obispo de Scalas D. Baltasar del Río, se hacían anualmente en los palacios arzobispales de Sevilla, en presencia del cardenal D. Alonso Manrique. Podemos inferir, por consiguiente, que el de la Concepción, que es el más antiguo, hubo de celebrarse en 1529 ó 1530. Casi todos los poetas que concurren á él figuran en los sucesivos, pero no Torres Naharro, acaso por haber fallecido antes de 1531.

juicios que acerca de Naharro nos dejaron sus contemporáneos (1).

«*Valdés*. El estilo que tiene Torres Naharro, en su *Propaladia*, aunque peca algo en las comedias, no guardando bien el decoro de las personas, me satisface mucho, porque es mui llano y sin afetación ninguna, mayormente en las comedias de *Calamita* i *Aquilana*; porque en las otras tiene de todo, y aun en éstas, hai algunas cosas que se podrían dezir mejor, más casta, más clara, i más llanamente:

»*Martio*. Dezdinos algunas:

»*Valdés*. En la *Aquilana* dize:

¿Pues qu'es esto?

¿Tórnome loco tan presto

Por amores d'una dama,

Que tarde niega su gesto

Lo que promete su fama?

»Adonde (si no me engaño) dijera mejor, más clara i más galanamente:

Que trae escrito en su gesto

Lo que publica su fama.

»*Pacheco*. Mejor hubiera dicho así: pero, no

(1) *Diálogo de la lengua (tenido ázia el A. 1533, i publicado por primera vez el año de 1737. Ahora reimpresso conforme al Ms. de la Biblioteca Nazional....* (por D. Luis de Usoz y Río). Madrid: Año de 1860. Imprenta de J. Martín Alegria. Páginas 171, 173.

se lo neguemos; que mucho ha ilustrado la lengua castellana.

»*Valdés*. No os negaré yo eso jamás: i tampoco quiero que me neguéis vos á mí, que así como escribía bien *aquellas cosas bajas, i plebeyas, que pasaban entre gentes con quien él más ordinariamente trataba*, así se pierde cuando quiere escribir lo que pasa entre gente noble y principal: lo cual se vee largamente en la comedia *Aquilana*; pero esto no haze al caso, pues aquí no hablamos sino de lo que perteneze á la lengua.»

Si el descontentadizo reformista de Cuenca habló de Torres Naharro con su habitual severidad crítica, otro escritor del siglo xvi, á la verdad mucho menos ilustre, el poeta murciano Diego Ramírez Pagán, en su rarísima *Floresta*, dedicó á su memoria una *Lamentación* fúnebre, llena de los más pomposos elogios. No es imposible que Ramírez Pagán (que á juzgar por el retrato que acompaña á su libro, copia de otro de Juan de Juanes, era ya anciano en 1562, fecha de la publicación de la *Floresta*), hubiera alcanzado á conocer personalmente á Torres Naharro, en Italia ó en España; pero de seguro no compuso esta *Lamentación* á raíz de su muerte, sino con ocasión de la recogida que el Santo Oficio hizo de la *Propaladía* en 1559. Esta prohibición ó más bien *suspensión* que, como inmediatamente vere-

mos, no duró más que hasta 1573, hubo de ser tan mal recibida entre los amigos de las letras como lo prueba el generoso y valiente arranque del vate de las riberas del Segura, que más que la muerte física de Torres Naharro, lo que deplora es la especie de muerte civil que había sepultado en la obscuridad sus composiciones.

*Lamentación en la muerte de Torres Naharro.*

Llora amor en este día,  
Lloran también amadores,  
Llora el canto y armonía,  
Tibios están los amores  
Y muda la poesía.

Sube el llanto á las estrellas,  
De España, madre dichosa;  
Dixele: ¿por quién querellas?  
¿Por quién estás tan llorosa,  
Reina de provincias bellas?

¿Qué Príncipe te ha faltado  
Que no seas prevenida  
De su natural traslado,  
Tan del bivo, que la vida  
Por éste se ha mejorado?

¿Qué bien has echado menos,  
De bienes tan principales  
Teniendo los barrios llenos?  
¿Qué mal padescas los males,  
Siendo de ti tan agenos?

Respondióme: un hijo charo  
*Dias ha que me faltó;*  
 Lloré con gemido claro,  
 Y agora otra vez murió,  
 Que esto me cuesta más caro.

Quedóme de él una nieta,  
 Tan hermosa para dama,  
 Para reina tan discreta,  
 Que no sé quién no la ama  
 Con fuerza de amor secreta.

De los príncipes querida,  
 De los sabios fué estimada;  
 Era un jardín de la vida,  
 Donde agora es agostada  
 La rosa más escogida.

Porque bien no la escardó  
 De las espinas dañosas  
 El padre que la engendró,  
 Y en su niñez muchas cosas  
 Como á su hija le suffrió.

Mas los sabios labradores  
 De nuestra huerta divina,  
 Que escardan las bellas flores  
 De la maliciosa espina,  
 Plantando yerbas mejores,

De la Propaladia huerta  
 Mandaron que á calicanto  
 Fuese cerrada la puerta,  
 Hasta que con celo sancto  
 Reformada, sea abierta.

Y esto assi me ha renovado  
 Las lágrimas de mi hijo,  
 Que mas bivas las he dado,

Y no con tanto letijo  
 Muerto fué de mi llorado.

Porque viendo su hechura  
 Deshecha y como enterrada,  
 Y que en la biva pintura  
 No hay mano tan avisada  
 Que restaure esta figura;

Pues lo que Apeles pintor  
 Con grande cuydado empieça,  
 No lo acaba otro menor,  
 Ni hay paño de aquella pieça,  
 Ni matiz de aquel color.

No hay otro Torres-Naharro  
 Aunque baxasse entre nos  
 Apolo en ardiente carro;  
 Que el oro de veinte y dos  
 Con este tybar es barro.

¿Quién el cómico decir  
 Tan fecundo y elegante  
 Supo en el mundo sentir?  
 ¿Quién vena tan abundante  
 Tuvo en tan liso escribir?

¿Quién la propiedad guardó  
 De las lenguas extrangeras  
 Y el verso en ellas cantó  
 Tan lamido que dixeras  
 Que en todas ellas nació?

Tan por suyas possehian  
 Sus versos nuestras pasiones,  
 Que, alegres, reyr hazian,  
 Y, tristes, los coraçones  
 Más duros enterneçian.

Al fin es más de admirar